

La investigación científica y la psicología¹

Michel Foucault

Las múltiples psicologías que emprenden la descripción del hombre dan una impresión de tanteos desordenados. Ellas quieren construir todo a partir de estructuras biológicas y reducen su objeto de estudio al cuerpo o lo deducen de las funciones orgánicas; la investigación psicológica ya no es más que una rama de la fisiología (o de un dominio de esta): la reflexología. O bien son reflexivas, introspectivas, fenomenológicas y el hombre es puro espíritu. Ellas estudian las diversidades humanas y describen el devenir del niño, las degradaciones del loco, la extrañeza de los primitivos. Ora describen el elemento, ora pretenden conocer el todo. Ora se ocupan sólo de la forma objetiva del comportamiento, ora ligan las acciones a la vida interior para explicar las conductas, ora pretenden captar la existencia vivida. Algunas deducen, otras son puramente experimentales y utilizan estructuras matemáticas como forma descriptiva. Las psicologías diurnas quieren dar cuenta de la vida del espíritu mediante las claridades decisivas de la inteligencia, otras van en pos de las inquietantes profundidades de la oscuridad interior. Naturalistas, trazan los contornos definitivos del hombre, humanistas, le reconocen algo de inexplicable. Esta complejidad quizá sea justamente la nuestra. Pobre alma (las psicologías que vacilan respecto a sus conceptos prácticamente no saben nombrarla) apresada por técnicas, esculcada en interrogatorios, puesta en fichas, traducida en curvas. Auguste Comte creía, con algunas reservas, que la psicología era una ciencia ilusoria, imposible, y la despreció. Nosotros no nos atrevimos. Después de todo, hay psicólogos, e investigan.

JEAN-EDOUARD MORÈRE

Uno de los más encopetados experimentalistas de la psicología no me tendrá inquina si cito uno de sus apuntes; lo hago sin ironía, impulsado sólo por mi asombro; él le preguntó a un principiante si quería hacer “psicología” como Pradines y Merleau-Ponty, o “psicología científica” como Binet u otros, más recientes, que su modestia no le permitía designar. Estoy seguro que él no ha guardado el recuerdo de su pregunta, o más bien que él no se acuerda de habérmela planteado; debe ser algo cotidiano en él y caer de su propio peso,

¹ Publicado originalmente en E.Morère, ed., *Des chercheurs français s'interrogent. Orientation et organisation du travail scientifique en France*, Toulouse, Privat, col. “Nouvelle Recherche”, n°13, 1957, pp. 173-201. Re-editado en Michel Foucault, *Dits et écrits*, ed. Daniel Defert et François Ewald, París, Gallimard, 1994, pp.137-158. Traducido por Anthony Sampson, Grupo Cultura y Desarrollo Humano, Universidad del Valle.

como lo hace el profesor al buen alumno: ¿Letras o la Politécnica? Pero, como muchas cosas que caen de su propio peso, su pregunta iba a lo esencial, y se refería implícitamente a una de las estructuras más fundamentales de la psicología contemporánea. Que esta claridad me viniese de un psicólogo me asombró. Pero el paciente trabajo de la verdad siempre termina por vencer el asombro.

Uno de los *a priori* de la psicología, en su forma actual, consiste en esta posibilidad de ser, de modo excluyente, científica o no. No se pregunta a un físico si quiere ser científico o no, a un especialista de la fisiología de los saltamontes alpinos si él quiere o no hacer investigación científica. Sin duda porque la física en general y la fisiología de los saltamontes alpinos no emergen como dominios de investigación posible sino dentro de una objetividad ya científica. Pero, que no se me replique, sin embargo, que el modo de reproducción de los moluscos de agua dulce puede concernir al pescador de domingos, de la misma manera como apela, invoca y retiene la atención, quizá durante decenios, de un naturalista; pues no se me preguntaba si me interesaba en mi alma para asegurar su felicidad y mi salvación, o para explicitar su Logos. No, se me hablaba de la psicología, que, por ella misma, puede ser, o no, científica. Como si un químico hubiera querido, desde el umbral, exorcisar la alquimia. Pero falta aún rectificar la comparación; la química no se elige, desde el principio, como ajena a la alquimia; no reposa sobre una elección, por su propio desarrollo ella la vuelve irrisoria.

¿Qué puede significar esta posibilidad originaria de una elección? ¿Que hay una psicología verdadera y otra falsa? ¿Que hay una psicología que hace el psicólogo y una psicología sobre la cual especula el filósofo? ¿Una psicología que mide, cuenta y calcula, y una psicología que piensa, reflexiona y se despierta poco a poco bajo la luz de la filosofía? Yo no podría decir, en todo rigor, lo que entendía mi psicólogo en el fondo de su alma vestida de cándida probidad y de lino blanco. Lo que hay de cierto es que para él la psicología puede ser verdadera o falsa antes de comenzar, la elección del cálculo o de la especulación anticipa respecto a la psicología que calcula y que especula, la investigación reposa sobre la opción, el riesgo y la apuesta sobre una psicología científica. Pasemos al límite: en psicología, la investigación no es científica por derecho propio, o más exactamente, sus formas concretas no se articulan por sí mismas sobre el horizonte de una ciencia que se determinaría por su propio movimiento como investigación; sino que es la investigación la que rechaza o elige por su propia voluntad una formulación científica y se sitúa por sí misma bajo la constelación de la objetividad. Lo que merece la atención, no es tanto el dogmatismo con el cual se define la “verdadera psicología”, sino más bien el desorden y el escepticismo fundamental que plantea la pregunta. Asombroso biólogo aquel que dijera: ¿quiere usted hacer investigación biológica, científica o no? Ahora bien, el psicólogo del que hablo es un verdadero psicólogo... Un verdadero psicólogo que, desde el umbral de la psicología, reconoce que

la investigación puede ser verdadera o falsa, científica o no, objetiva o no; que no es la ciencia la que adquiere cuerpo en la investigación sino la investigación la que, desde el inicio, opta o no por la ciencia.

El problema de la investigación en psicología recibe, de este hecho mismo, un sentido particular. No se puede interrogar la investigación psicológica como se interroga a tal o cual otra forma de investigación, a partir de su inserción en el desarrollo de una ciencia o las exigencias de una práctica: es preciso pedir cuentas a la investigación por la elección de su racionalidad; es preciso interrogarla sobre un fundamento del que ya se sabe que no es la objetividad constituida de la ciencia; es preciso interrogarla, por último, respecto al estatuto de verdad que confiere ella misma a la ciencia, pues es su elección la que hace de la verdadera psicología una psicología verdadera. En resumen, hay que pedir a la investigación cuentas de la ciencia; se trata de tomarla no como una investigación en el espacio de una ciencia, sino como el movimiento en el cual se busca una ciencia.



Ahí tenemos el punto donde se anudan las principales paradojas de la investigación psicológica, cuando se la toma al ras de sus instituciones, de sus formas cotidianas y en la dispersión de sus trabajos.

Hace menos de cincuenta años, la psicología, bajo las especies de un certificado de licenciatura, representaba la buena consciencia positivista y naturalista de los programas filosóficos. Y si la consciencia es difícil de satisfacer, la buena consciencia se contenta con poco: Biran, Taine y Ribot eran los beneficiarios de una operación que equivalía a hacer de la psicología una filosofía, y la menos buena de todas, al nivel más bajo de una mitología positivista. Mientras que en la planta baja se celebraban sus ritos fúnebres, de los que las universidades de provincia e importantes ancianos nos conservan aún el recuerdo, se trabajaba, en blusa blanca, en las buhardillas, para el nacimiento de la psicología experimental. Binet estaba dotado de buenas intenciones, no tenía cátedra de facultad, sino sobrinas y algunas ideas; soñando en los grandes jefes de estación de Leipzig y de Wurtzburgo, jugaba a los trencitos psicológicos.

Medida a nivel de sus instituciones, la psicología ocupa ahora una superficie mucho más extensa. El desván de Binet se ha convertido en un laboratorio de psicología experimental, su grupo de estudios ha alcanzado el rango de instituto de universidad, al cual una dirección policéfala —tres profesores de medicina, de letras y de ciencias— asegura un bien pensado eclecticismo, y una autonomía rigurosamente proporcional a la amplitud de las divergencias. Piéron, un alumno de Binet, fue nombrado en el Colegio de Francia, donde su

maestro no pudo entrar; durante más de treinta años regentó allí una cátedra sobre la fisiología de las sensaciones y dirigió un laboratorio de investigación experimental de la que *L'Année psychologique* daba cuenta incansablemente. En cuanto a la psicología del niño, a la orientación profesional, a las investigaciones sobre el desarrollo escolar y la pedagogía, que habían colocado a Binet en el cielo de la inmortalidad psicológica, fueron retomadas y continuadas por Wallon y Piéron, quienes fundaron en 1927 el Instituto de estudios del trabajo y de orientación profesional, donde se abrió una consulta para niños, un centro de orientación, desde donde se lanzaron encuestas sobre la población escolar, y donde se formaron orientadores y psicólogos escolares. Por último, la psicología clínica, a la cual Binet había dado, con su escala de inteligencia, una forma experimental y métrica, iba a reunirse con la psicología de los psiquiatras: se vieron crear centros de estudios de psicopatología, en los servicios del Pr.Heuyer, para los niños, en el hospital Henri Rouselle para los adultos, a lo cual hay que agregar el tradicional centro de estudio de la afasia en el hospital la Salpêtrière. Para concluir, hay que mencionar, además de los grandes laboratorios de psicología industrial como el de la S.N.C.F. (Sociedad Nacional de Ferrocarriles), el C.E.R.P., consagrado por entero a investigaciones psicofisiológicas del trabajo.

Claro está, hemos dejado de lado la actividad de todos los centros de orientación, de todos los grupos médico-escolares, y, por razones simétricas e inversas, la actividad de todas las universidades de provincia:² no son institutos de investigación, sino centros de aplicación que el trabajo cotidiano devora, o centros de enseñanza cuyo sueño es igualmente cotidiano.

No es inútil recordar claramente esta progresiva construcción de los organismos oficiales de la investigación psicológica. Considerados actualmente en toda su extensión y su complejidad, cada uno ha recibido el aval oficial y el patrocinio de las universidades o de los diferentes ministerios (Salud pública, Educación nacional, Trabajo). Una sola agrupación de investigación y de formación escapa a esta integración: es la Sociedad francesa de psicoanálisis, más exactamente sus dos mitades, desde que la pera, por decirlo así, fue cortada en dos. De una manera bastante paradójica, en efecto, el psicoanálisis no puede ser ejercido en Francia sino por médicos, pero no hay ni una sola cátedra de psicoanálisis en la facultad de medicina; los únicos miembros de la Sociedad de psicoanálisis que sean titulares de una cátedra enseñan como profesores de psicología en las facultades de letras: lo que conserva a los psicoanalistas y a su agrupación una independencia total en su reclutamiento, en sus procedimientos de formación: y en el espíritu que confieren a la investigación psicoanalítica. Cuando se considera la importancia de los conceptos, el número de los temas, la diversidad de las ideas experimentales que el psicoanálisis ha dado a la psicología desde hace medio siglo, ¿no es paradójico verlo mante-

² Con la única excepción de Estrasburgo. Si mencionamos el laboratorio de Rennes, es sólo para recordar lo que fue, y restituirlo en el olvido que ...

nerse marginado de una ciencia a la cual volvió a dar vida y significación? Pero esta autonomía del psicoanálisis sólo está en contradicción aparente con las formas oficiales de la investigación psicológica.

No hay que olvidar que en Francia la investigación nació al margen de la psicología oficial, y si es verdad que ahora, en la complejidad de las estructuras, ya no se logra discriminar entre la enseñanza oficial, la investigación y la aplicación práctica, si es verdad que en un organismo como el Instituto de Psicología se sobrepone una enseñanza teórica, un laboratorio de investigación, y una formación práctica, no por ello es menos cierto que la investigación científica en psicología se presentó originalmente como protesta contra la ciencia oficial, y como una máquina de guerra contra la enseñanza tradicional. La situación marginal del psicoanálisis no representa sino un vestigio, o más bien, el signo siempre vivo de este origen polémico en el dominio de la psicología.

Hay allí, sin duda, un rasgo que puede caracterizar la situación de toda investigación con respecto a la ciencia constituida: se hace siempre contra una enseñanza, a las expensas de una objetividad reconocida, ataca mucho más a un saber que completarlo y llevarlo plenamente a cabo; por su nacimiento, al menos, pertenece siempre, poco más o menos, a los márgenes de la herejía de la ciencia; toda la historia de la biología ha manifestado este rasgo y lo ha exaltado hasta las formas religiosas del anatema. Pero la intención polémica de la investigación en psicología posee un alcance particular y conlleva una decisión mucho más grave para el sentido mismo de su desarrollo.

Ya que el psicoanálisis, hasta en sus instituciones, presenta todavía en vivo este carácter a la vez marginal y polémico de la investigación, que transparente menos nítidamente en las formas institucionalizadas de la psicología, tomaremos prestado del psicoanálisis un ejemplo de la manera cómo el progreso de la investigación psicológica se destaca contra el horizonte constituido de la ciencia. En un sentido, las investigaciones sobre el Inconsciente, sobre su material, sus procedimientos, sus manifestaciones, que desde el origen constituyen lo esencial del trabajo psicoanalítico, vuelven a tomar en un estilo experimental lo que implicaban de manera oscura todas las psicologías de la consciencia; el tránsito a una psicología del inconsciente puede presentarse lógicamente como una extensión hacia lo bajo, un vertimiento de la psicología de la consciencia. La transposición de parte de Freud de una psicología de la asociación, de la imagen y del placer, por tanto de una psicología de la consciencia clara, hacia la noche del inconsciente, bastaría para probarlo; se podría ver en esta ampliación de la psicología sólo la dimensión de apertura de una ciencia que se vuelve a consolidar incesantemente sobre los bordes de su investigación, al nivel de los presupuestos que caen de su propio peso, y dibujan con líneas de sombra los márgenes de ignorancia del saber. De hecho, hay mucho más en esta orientación de la investigación hacia el inconsciente; el abandono de una definición cuasi exclusiva del objeto y del método psi-

cológicos por la consciencia no constituye simplemente un volver a tomar la ciencia en una investigación mucho más general y más radical. La investigación aparece mucho más aquí como una conducta de rodeo mediante la cual el conocimiento constituido entra en cortacircuito y es invalidado en nombre de una reducción de la ciencia a su objeto, mediante un desfase que hace de la ciencia ya no el horizonte problemático de la investigación, sino el objeto polémico de su investigación.

De una manera más precisa, el descubrimiento del inconsciente transforma en objeto de la psicología y tematiza como procesos psicológicos los métodos, los conceptos y finalmente todo el horizonte científico de una psicología de la consciencia; a la luz de estas investigaciones, esta aparece, en efecto, como rechazo de reconocer que la vida consciente está dominada por las amenazas oscuras de la libido, en resumen, como reflexión censurada. Esta manera de situar el conocimiento psicológico con respecto a la investigación, este re-examen crítico como objeto de la investigación de las formas superadas del saber científico, presentan el perfil más agudo del lado polémico de toda investigación en psicología. Las imputaciones de remanencias edípicas o de fijación narcisista que se lanzan entre sí los psicoanalistas no son más que variaciones divertidas, guerras entre bases y ácidos, sobre este tema fundamental: el progreso de la investigación en psicología no es un momento en el desarrollo de la ciencia, sino un aferrarse perpetuamente a las formas constituidas del saber, bajo el doble aspecto de una desmixtificación que denuncia en la ciencia un proceso psicológico, y de una reducción del saber constituido al objeto que tematiza la investigación. La novedad de la investigación no se inscribe en una crítica del contenido, ni en aquella dialéctica de la ciencia donde se realiza el movimiento de su verdad, sino en una polémica contra el saber aprehendido al nivel mismo de su origen, en una reducción primordial de la ciencia a su objeto, en una sospecha crítica con respecto al conocimiento psicológico.

Se me objetará, ante todo, que toda la investigación psicológica no obedece forzosamente a esta vocación polémica que aparece tan claramente en el psicoanálisis. Pero, de hecho, el texto que se escribe en gruesos caracteres en la historia de la investigación freudiana puede descifrarse en letras más finas en todo el desarrollo de la psicología. No ocurre, en efecto, como en las ciencias que proceden por rectificaciones sucesivas, de acuerdo con una superación del error siempre renovado, sino por una denuncia de la ilusión: ilusión de la subjetividad,³ sofisma del elemento,⁴ mitología de la tercera persona,⁵ espejismos aristotélicos de la esencia, de la calidad y del encadenamiento causal,⁶

3 J. B. Watson, *Psychology from the Standpoint of a Behaviorist*, Londres, J.B.Lippincott, 1919.

4 P. Guillaume, *La Psychologie de la forme*, París, Flammarion, 1937.

5 G. Politzer, *Critique des fondements de la psychologie, t.I : La Psychologie et la psychanalyse*, París, Rieder, 1928.

6 K. Lewin, *Principles of Topological Psychology*, Nueva York, Mac Graw-Hill, 1935.

presupuestos naturalistas y olvido del sentido,⁷ obliteración de la génesis por la estructura y de la estructura por la génesis.⁸ El movimiento mediante el cual la investigación psicológica avanza más allá de ella misma no destaca las funciones epistemológicas o históricas del *error científico*, pues no hay error científico en psicología, no hay sino *ilusiones*. El papel de la investigación en psicología no consiste, por tanto, en superar el error, sino en disipar las ilusiones; no de hacer progresar la ciencia, restituyendo el error en el elemento universal de la verdad, sino de exorcisar el mito, arrojando sobre él la luz de una reflexión desmixtificada.

Se podría hacer la anotación de que las investigaciones históricas avanzan con el mismo paso y sobre caminos paralelos; la superación del error no se efectúa solamente como la dialéctica propia del saber histórico; es llevada a cabo mediante su reducción al movimiento del objeto histórico mismo. El historiador pertenece a su propia historia, y al asignar sus métodos, sus conceptos, sus conocimientos a las estructuras y a los acontecimientos, a las formas culturales de su época, se restituye la historia a su verdad propia. El error histórico también posee, pues, la apariencia del mito y el sentido de una ilusión. Pero, cuando la ilusión se vuelve objeto de análisis histórico, ella encuentra en la historia misma su fundamento, su justificación y, en últimas, la base de su verdad. La crítica histórica se desarrolla en un elemento de positividad, puesto que es la Historia misma la que constituye el origen absoluto y el movimiento dialéctico de la historia como ciencia. Si la ciencia histórica progresa por desmixtificaciones sucesivas, lo hace también, y en un mismo movimiento, por toma de consciencia progresiva de su situación histórica como cultura, de su valor como técnica, de sus posibilidades de transformación real y de acción concreta sobre la Historia.

No hay nada de esto en psicología: si se puede reducir el error psicológico a una ilusión, y reducir sus formas epistemológicas a conductas psicológicas, no es porque la psicología encuentre en la psique su fundamento y su razón de ser en cuanto saber, sino solamente porque encuentra allí obstáculos; la investigación histórica no intenta colocarse por fuera de la Historia, mientras que la investigación psicológica debe necesariamente dejarse llevar por el mito de la exterioridad, de la mirada indiferente, del espectador que no participa. El nexo entre la verdad psicológica y sus ilusiones no puede ser sino negativo, sin que se pueda nunca encontrar en la dialéctica propia de la psique el trazado de los mitos de la psicología. La psicología nunca halla en la psique sino el elemento de su propia crítica. La crítica de la historia por la Historia posee el sentido de un fundamento; la crítica de la psicología a partir de la psique nunca toma la forma sino de una negación. Por esto la investigación histórica, si se atribuye la apariencia de una desmixtificación, por ello mismo adquiere el valor de una toma de consciencia positiva; la investigación psico-

7 La psicología de “inspiración fenomenológica”.

8 J. Piaget, *La Psychologie de l'intelligence*, París, A.Collin, nº249, 1947.

lógica, bajo las mismas especies de la desmixtificación, nunca efectúa más que un exorcismo, una extradición de los demonios. Pero, así no se encuentran los dioses.

Por razones de este orden se explica el estilo tan particular de la investigación en psicología: por su vocación y su origen, es crítica, negativa y desmixtificadora; constituye el revés nocturno de una ciencia psicológica que por vocación termina por hipotecar; las preguntas que ella plantea se inscriben, no en la problemática del saber, ni en una dialéctica del conocimiento y de su objeto, sino en la sombra de una duda arrojada sobre el conocimiento y la reducción de este a su objeto. No obstante, este origen, con lo que conlleva de significación, ha sido olvidado, o más bien ocultado, por el hecho de que la investigación, como reducción y desmixtificación se ha convertido en su razón de ser, el contenido, el cuerpo mismo de la psicología, hasta tal punto que el conjunto de conocimientos psicológicos se justifica por su propia reducción a la investigación, y la investigación como crítica y superación del conocimiento psicológico se realiza como totalidad de la psicología. Este es el proceso que ha sido encarnado en los organismos de investigación: nacidos al margen de la ciencia oficial, desarrollados en contra de ella, son reconocidos ahora como centros de formación y de enseñanza. El curso de psicología teórica ya no es más que un rito: se aprende y se enseña la investigación psicológica, es decir la investigación y la crítica de la psicología.



El camino que sigue el aprendiz de psicólogo es, a la vez, muy cercano y muy diferente de aquellos que deben seguir los demás estudiantes.

Muy parecido en lo que concierne a la ineficacia total de la enseñanza impartida en el marco tradicional de las facultades, y sancionada por diversos certificados de licenciatura. Todo el mundo está de acuerdo en que un licenciado de psicología no sabe nada y no puede hacer nada, ya que ha preparado todos sus certificados en el jardín en dos tardes de verano: acuerdo tan general y tan perfecto que sentimos escrúpulos al perturbarlo preguntando para qué sirve una licenciatura de psicología. Pero, salvo este rasgo negativo, más o menos común a todas las ramas de la enseñanza superior, la carrera del estudiante de psicología es muy diferente de las demás. El Instituto de psicología distribuye cuatro diplomas: psicología experimental, pedagógica, patológica y aplicada; todos incluyen una enseñanza práctica (pruebas, psicometría, estadística), una formación teórica, y prácticas o trabajos de laboratorio; los estudiantes del Instituto que no han recibido la licenciatura deben reemplazarla por un año de estudios preparatorios. El Instituto de orientación profesional es completamente independiente de este ciclo de estudios universitarios: se

ingresa en él después de un examen, y se sale con un diploma de orientador profesional. En cuanto a la enseñanza del psicoanálisis, es efectuada en Francia, como en muchos países extranjeros, de acuerdo con un modo a la vez rudimentario y esotérico: lo esencial de la formación de un psicoanalista es garantizado por un psicoanálisis didáctico cuyo inicio y luego terminación reciben el aval de la Sociedad de psicoanálisis. Si el título de doctor en medicina es indispensable para emprender curas y recibir la plena responsabilidad de un enfermo, la pertenencia a la Sociedad de psicoanálisis no exige ninguna formación determinada, ni la efectuación de ningún ciclo de estudios. La Sociedad sola, de acuerdo con la opinión de aquel de sus miembros que tomó el candidato en análisis didáctico, se hace juez de su nivel de competencia.⁹ Agreguemos que ni los médicos ni los profesores reciben en el curso de sus estudios una enseñanza siquiera rudimentaria de la psicología; los psiquiatras mismos no poseen ninguna formación psicológica, en la medida en que la psiquiatría que se les enseña es tan vetusta que ignora prácticamente los últimos cincuenta años de la psicopatología alemana, inglesa y norteamericana, con todos los esfuerzos que han sido hechos para una comprensión psicológica de los fenómenos de la patología mental.

Se encuentran privados, por tanto, de toda formación teórica aquellos mismos que son llamados a una práctica cotidiana, mientras que la situación es exactamente inversa en el dominio de la investigación propiamente dicha. En efecto, si el I.N.O.P. confiere el título de orientador profesional, si el Instituto otorga diplomas de “psicotécnicos”, todos saben, entre los que los confieren y los que los reciben, que no conducen a ningún campo laboral real. Muchos orientadores no logran emplearse; los puestos de psicólogos escolares son infinitamente poco numerosos, mientras que se distribuyen por decenas los diplomas de psicopedagogía; y que yo sepa no hay actualmente en Francia más de diez puestos para psicólogos clínicos, mientras que ya hay ciertamente más de ciento cincuenta titulares del diploma de psicopatología. Y los profesores disculpan la facilidad de los exámenes alegando que, de todos modos, no sirven para nada.

Nos encontramos en una situación paradójica: por un lado, la práctica real de la psicología —la que se ejerce o debería ejercerse en la organización del trabajo, o en las curas psicoterapéuticas o en la enseñanza— no reposa sobre ninguna formación teórica, y como consecuencia no logra nunca adquirir el sentido de la investigación, ni siquiera definir sus exigencias precisas con respecto a la investigación científica. Por el otro lado, la adquisición de las técnicas que pueden garantizar a la psicología concreta una seguridad práctica y una justificación teórica, por ella misma no da acceso a un ejercicio de la psicología en la que práctica e investigación se encuentren efectivamente ligadas.

⁹ La creación de un Instituto de estudios psicoanalíticos durante largo tiempo ha generado debate. Observamos que la reciente escisión de la Sociedad francesa se produjo en torno a este tema preciso de esta creación y los principios de una formación analítica. La pedagogía será siempre la cruz del psicoanálisis.

Al contrario, el psicólogo quien, en el Instituto, ha recibido una formación técnica suficiente para el ejercicio de un oficio psicológico, no tiene otro recurso, para practicar la psicología, que el de solicitar una financiación al C.N.R.S., y lanzarse a la investigación. La investigación en psicología no nace, pues, de las exigencias de la práctica, y de la necesidad en que se encuentra de superarse por sí misma; nace de la imposibilidad en que se encuentran los psicólogos de practicar la psicología; no implica una formación perfeccionada; representa meramente un recurso contra la ineficacia de una formación inútil, el único remedio para una práctica que no se ejerce.

No se aborda, pues, la investigación con una formación de investigador y después de la adquisición de un horizonte teórico suficiente;¹⁰ se hace investigación en calidad de practicante reprimido, para mostrar ante todo que la psicología puede y debe ser practicada, que no es prisionera de un contexto teórico, inútil y dudoso, sino que por fuera de todo postulado especulativo está cargada de una positividad inmediata, y si la investigación se inscribe tan frecuentemente en un contexto positivista, si reivindica constantemente su condición de práctica real, por oposición a la psicología filosófica, es en la medida justamente de que quiere ser la demostración de una práctica posible. Hacer “verdadera psicología”, por oposición a la de Pradines y de Merleau-Ponty, es la búsqueda de la eventualidad de una práctica cuya imposibilidad actual hizo que naciera la “psicología verdadera”, como investigación científica. Es decir, por el hecho mismo de que la investigación en psicología es, a la vez, la más desinteresada de todas las formas de investigación, y la más urgida por la necesidad. La más desinteresada, puesto que casi nunca es determinada como la respuesta a una exigencia práctica (salvo unos cuantos estudios precisos de psicología del trabajo), y, al mismo tiempo, la más interesada, puesto que es la existencia de la psicología como ciencia y del psicólogo como científico y practicante que dependen del desarrollo y del éxito de la psicología como investigación científica. La *no existencia de una práctica* autónoma y efectiva de la psicología paradójicamente se ha convertido en la *condición de existencia de una investigación positiva*, científica y “eficaz” en psicología.

Así, la investigación mide sus posibilidades en el despliegue de técnicas que se confirman unas mediante las otras y se erigen en la arquitectura imaginaria de una práctica virtual. El ejemplo más decisivo de ello es la psicometría y toda la técnica de las pruebas: las pruebas psicométricas son elaboradas para una aplicación eventual, y su validación debe siempre reposar, de manera directa o indirecta, sobre una confrontación con la experiencia concreta y los resultados obtenidos en la situación efectiva; pero esta validación empírica muestra desde el principio que el trabajo de investigación no obtiene su positividad sino de una experiencia que aún no es psicológica, y que sus posibili-

¹⁰ No es una de las paradojas menores de esta situación el comprobar que una formación médica, científica o incluso filosófica sirva de aval y de garantía para el reclutamiento de investigadores que quieren hacer psicología positiva.

dades de aplicación son determinadas por adelantado por una práctica extra-psicológica que sólo toma de sí misma sus propios criterios. La investigación psicológica aparece, pues, como la acomodación teórica de una práctica que debe prescindir de ella, para que esta investigación misma puede estar segura de su validez. Las relaciones de la psicología clínica con la práctica médica se agotan por entero en esta fórmula: aportar a una práctica ya constituida perfeccionamientos técnicos cuya validez será demostrada por el hecho de que la clínica médica puede perfectamente prescindir de ellos para lograr los mismos resultados.

Se pueden medir ahora las dimensiones de este círculo de paradojas en el que se encuentra encerrada la investigación psicológica: se desarrolla en el espacio vacío dejado por la imposibilidad de una práctica real y sólo depende de esta práctica de una manera negativa; pero, por este hecho mismo, no tiene razón de ser si no es la demostración de la posibilidad de esta práctica a la cual no tiene acceso y se despliega, pues, bajo el signo de una positividad que ella reivindica: “positividad” que no puede detentar por sí misma ni extraer de su lugar de origen, puesto que nace de la ausencia misma de la práctica, pero que es obligada de requerir, por debajo de cuerda, de esta práctica que la excluye y se desarrolla en una indiferencia total respecto a la psicología científica. Excluida desde el origen, y en su existencia misma, de una práctica científica de la psicología, la investigación está enteramente dependiente, en su verdad y en su desarrollo, de una práctica que no pretende ser ni científica ni psicológica. Práctica e investigación sólo dependen la una de la otra según el modo de la exclusión; y la psicología “científica”, positiva y práctica, se encuentra reducida así al papel especulativo, irónico y negativo de decir la verdad discursiva de una práctica que prescinde perfectamente de ella. La investigación no se inserta en el movimiento mismo de un progreso técnico que poco a poco se acerca a su propia luz, es el revés especulativo de una práctica que ni siquiera se reconoce como psicológica. No puede presentarse sino como la “verdad a pesar suyo” de una práctica; la desmixtifica. Pero, sólo toma esta verdad de la realidad de esta práctica, que por ello mismo la mixtifica.

En sus relaciones con la investigación, como en sus relaciones con la ciencia, la investigación psicológica no manifiesta la dialéctica de la verdad; simplemente sigue las astucias de la mixtificación.



Para dar cuenta de estas paradojas, se es tentado, de entrada, a interrogar un estado de hechos histórico, digamos más bien una situación cronológica propia de la psicología. La rigidez de las estructuras, la pesantez de las tradiciones culturales, la resistencia, en fin, que opone la organización social a la penetra-

ción de las técnicas psicológicas, bastarían para dar cuenta del aislamiento de la investigación respecto a la práctica. Claro está, el carácter relativamente reciente de la psicología le confiere, a menudo, un aspecto problemático, irrisorio frente a técnicas que el tiempo desde hace siglos no ha cesado de acumular. Se podría citar, en este sentido, la extraña impermeabilidad de la medicina a la psicología; sobre el espíritu de la medicina francesa reina aún, de una manera más o menos oscura, la extraña dialéctica de Babinski: la ignorancia del médico, la oscuridad en la que se ocultan, a sus propios ojos, los principios de su técnica no denuncian para él más que la irrealidad de la enfermedad, como si el dominio técnico de la curación fuese la medida de la existencia de la enfermedad. Ligada a este equívoco entre la técnica de la curación y la realidad del hecho patológico, hallamos la idea de que lo patológico se despliega como la manifestación concreta, como el fenómeno de lo anormal. Lo anormal es la esencia de la enfermedad, cuya terapéutica es su supresión efectiva; como reducción de la esencia de lo anormal al proceso normal, la técnica de curación constituye la medida indispensable de la existencia de la enfermedad. Al resistir a la penetración de la psicología, la medicina actual no se opone solamente a una rectificación de sus métodos y de sus conceptos, sino sobre todo a un re-examen del sentido real de la enfermedad y del valor absoluto del hecho patológico. No son sólo su técnica, su oficio y su pan cotidiano los que los médicos defienden al permanecer sordos a la psicología; de lo que se hacen los defensores, cuya imprescriptible esencia protegen, es la enfermedad como conjunto de fenómenos patológicos; defienden la enfermedad como una cosa, como su cosa. Al esquivar el problema de lo anormal, al valorar como instrumentos terapéuticos conductas como el lenguaje o la realización simbólica, la psicología desrealiza lo anormal y “subtrae” la enfermedad; a los ojos de los médicos y en el desarrollo histórico de la medicina, ella no puede ser, y no es efectivamente, más que una empresa mágica. Ella es el revés de lo que, desde hace siglos, ha constituido la práctica médica.

Pero semejantes fenómenos de retraso y de adhesión terminan siempre por desaparecer con el tiempo y la maduración de las técnicas. Las paradojas de la investigación en psicología obedecen a razones históricas más profundas que los meros desfases culturales. Tomemos el ejemplo de la psicología del trabajo. Está conformada esencialmente por problemas de orientación y de selección profesional, por un lado, y, por el otro, por problemas de la adaptación individual al puesto, al oficio, al grupo de trabajo y a la fábrica. Pero salta a la vista que este conjunto de consideraciones no puede tener importancia, estos problemas no pueden tener, en el sentido estricto del término, existencia sino debido a, y gracias a, ciertas condiciones económicas. Orientación y selección profesional no poseen realidad sino en función de las tasas de desempleo y del nivel de especialización en los puestos de trabajo. Sólo un régimen de pleno empleo, ligado a una técnica industrial que exige una alta especialización obrera (lo que hasta el presente es contradictorio en nuestra

economía en la que el pleno empleo reposa siempre sobre una utilización masiva de una mano de obra no especializada), sólo este régimen podría dar lugar a una práctica psicológica ligada directamente a la investigación científica. Por fuera de esta condición, a nuestro juicio mítica, la orientación y la selección no pueden poseer más que el sentido de una discriminación. En cuanto a las investigaciones que conciernen a la adaptación del individuo a los puestos de trabajo, por su lado, están ligadas a los problemas económicos de la producción, de la sobreproducción, del valor del tiempo de trabajo y de la generación de márgenes de utilidad.

¿Es este un rasgo característico de la psicología? ¿No se encuentra el desarrollo de todas las investigaciones y de todas las ciencias ligado a las condiciones de la vida económica y social? Se me dirá todo lo que la balística o la física atómica deben a la guerra y se agregará que lo mismo sucede respecto a la prueba “beta” del ejército estadounidense...

Por fortuna, el problema es un poco más complejo. Puede que la ausencia de condiciones económicas favorables vuelva inútil en un momento dado la aplicación o el desarrollo de una ciencia. Pero, después de todo, incluso por fuera de una economía o de una situación de guerra, los cuerpos continúan cayendo y los electrones girando. En psicología, cuando las condiciones de una práctica racional y científica no están reunidas, es la ciencia misma la que es afectada en su positividad; en un período de desempleo y de sobreproducción, la selección deja de ser una técnica de integración y se vuelve una técnica de exclusión y de discriminación; en un período de crisis económica o de aumento del precio del trabajo, la adaptación del hombre a su oficio se vuelve una técnica que pretende aumentar la rentabilidad de la empresa y racionalizar el trabajo humano como puro y simple factor de producción; en resumen, deja de ser una técnica psicológica para convertirse en una técnica económica. Lo cual no quiere decir solamente que es utilizada con fines económicos o motivada por propósitos económicos, pues ese es el destino de todas las ciencias aplicadas. Queremos decir, por ejemplo, que la noción de aptitud, tal como es utilizada en psicología industrial, cambia de contenido y de sentido de acuerdo con el contexto económico en el cual se es llevado a definirla: puede significar tanto una norma cultural de formación, un principio de discriminación tomado de la escala de rendimiento, una previsión del tiempo de aprendizaje, una estimación de la educabilidad o finalmente el perfil de una educación efectivamente recibida. Estas diferentes significaciones del término de aptitud no constituyen otras tantas maneras de considerar la misma realidad psicológica, sino otras tantas maneras de conferir un estatuto, a nivel de la psicología individual, a necesidades históricas, sociales o económicas. No sólo la práctica de la psicología se vuelve el instrumento de la economía, sino que la psicología misma se vuelve su mitología a escala humana. Mientras que una física o una biología, cuyo desarrollo y aplicación son determinados por razones económicas y sociales, siguen siendo una física y una biología, las

técnicas psicológicas, por el sólo hecho de algunas de sus condiciones, pierden su validez, su sentido y su fundamento psicológicos; desaparecen como aplicaciones de la psicología, y la psicología bajo cuyo nombre se presentan no forma más que la mitología de su verdad. Las técnicas físicas, químicas o biológicas son utilizables y, como la razón, “plegadas en todos los sentidos”; pero, por naturaleza, las técnicas psicológicas son, como el hombre mismo, alienables.

A través de estas reflexiones que parecen alejarnos de nuestro problema, avanzamos poco a poco hacia aquellas relaciones profundas entre la ciencia y la práctica psicológicas, que determinan el estilo propio de este orden de investigación. Es curioso comprobar que las aplicaciones de la psicología jamás han provenido de exigencias positivas, sino siempre de obstáculos en el camino de la práctica humana. La psicología de la adaptación del hombre al trabajo se originó en las formas de inadaptación que siguieron al taylorismo en América y en Europa. Se sabe cómo la psicometría y la medida de la inteligencia surgieron de los trabajos de Binet sobre el atraso escolar y la debilidad mental; el ejemplo del psicoanálisis y de lo que se llama ahora la “psicología de las profundidades” habla por sí mismo: se desarrollaron por entero en el espacio definido por los síntomas de la patología mental.

¿Es este un rasgo especial de la investigación psicológica? ¿No nace una investigación en el momento en que una práctica alcanza su propio límite y encuentra el obstáculo absoluto que la vuelve a poner en cuestión en sus principios y en sus condiciones de existencia? ¿No halla la biología, como conjunto de investigaciones sobre la vida, su origen efectivo y la posibilidad concreta de su desarrollo en una interrogación sobre la enfermedad, en una observación del organismo muerto? Es a partir de la muerte como una ciencia de la vida se hace posible, incluso cuando se sabe medir toda la distancia que separa la anatomía del cadáver de la fisiología del viviente. De la misma manera, es desde el punto de vista del inconsciente cómo se hace posible una psicología de la consciencia que no sea una pura reflexión trascendental, desde el punto de vista de la perversión cómo una psicología del amor es posible sin que sea una ética; desde el punto de vista de la tontería cómo una psicología de la inteligencia puede constituirse sin un recurso, al menos implícito, a una teoría del saber; es desde el punto de vista del sueño, del automatismo y de lo involuntario cómo se puede hacer una psicología del hombre despierto que percibe el mundo, y que evita encerrarse en una pura descripción fenomenológica. La psicología adquiere su positividad en las experiencias negativas que el hombre alcanza a hacer de sí mismo.

Pero, hay que distinguir entre la manera en que una investigación nace a partir de una ciencia o de una práctica, y la manera en que investigación, práctica y conocimiento se articulan con respecto a las condiciones efectivas de la existencia humana. En psicología, como en todos los demás dominios científicos, la práctica no puede interrogarse y constituirse para sí misma sino

a partir de sus límites negativos y de la franja de sombra que rodea al saber y al dominio de las técnicas. Pero, por otro lado, toda práctica y toda investigación científicas pueden comprenderse a partir de una cierta situación de necesidad, en el sentido económico, social e histórico del término, mientras que la investigación y la práctica psicológicas no pueden comprenderse sino a partir de las contradicciones en las cuales se halla atrapado el hombre mismo en su calidad de tal. Si la patología mental siempre ha sido, y sigue siendo, una de las fuentes de la experiencia psicológica, no es porque la enfermedad desgaje estructuras ocultas, ni porque destaque o subraye procesos normales, en otros términos, no es porque el hombre reconoce en ella más fácilmente el rostro de su verdad, sino al contrario porque descubre en ella la noche de esta verdad y el elemento absoluto de su contradicción. La enfermedad es la verdad psicológica de la salud, en la medida misma en que constituye su contradicción humana.

Para ser más precisos, tomemos el ejemplo del “escándalo” freudiano: la reducción de la existencia humana al determinismo del homo natura, la proyección de todo el espacio de las relaciones sociales y afectivas sobre el plano de las pulsiones libidinales, el desciframiento de la experiencia en términos de mecánica y de dinámica son muy reveladores de la esencia misma de toda investigación psicológica. El efecto de escándalo no obedecía sino a la manera en que esta reducción era efectuada; por primera vez en la historia de la psicología la negatividad de la naturaleza no era referida a la positividad de la consciencia humana, sino que esta era denunciada como el negativo de la positividad natural. El escándalo no reside en que el amor sea de naturaleza o de origen sexual, lo que había sido dicho mucho antes de Freud, sino en que, a través del psicoanálisis, el amor, las relaciones sociales y las formas de pertenencia interhumanas aparecían como el elemento negativo de la sexualidad en la medida en que esta es la positividad natural del hombre. Esta inversión mediante la cual la naturaleza, como negación de la verdad del hombre, se vuelve para y por la psicología el fundamento mismo de su positividad, de la que el hombre, en su existencia concreta, se vuelve a su vez la negación, esta inversión efectuada por primera vez de una manera explícita por Freud se ha vuelto ahora la condición de posibilidad de toda investigación psicológica. Tomar la negatividad del hombre por su naturaleza positiva, la experiencia de su contradicción por la revelación de su verdad más simple, la más inmediata y más homogénea, es, desde Freud, el proyecto, al menos silencioso, de toda psicología. La importancia del freudismo no consiste en el descubrimiento de la sexualidad sino de una manera derivada y secundaria; reside, de una manera fundamental, en la constitución de esta positividad, en el sentido en que lo acabamos de decir. En esta medida, toda investigación de psicología positiva es freudiana, incluso cuando es el tema más lejano de los temas psicoanalíticos, incluso cuando es una determinación factorial de las aptitudes.

De este modo se puede comprender por qué la reivindicación de una

positividad pertenece a las elecciones originarias de la psicología; no se inscribe naturalmente en el desarrollo espontáneo de la ciencia, de la investigación y de la técnica. La opción de positividad es necesariamente previa como condición de posibilidad de una verdadera psicología que sea al mismo tiempo una psicología verdadera. Pero, ya que es la reivindicación de una positividad del hombre al nivel mismo donde él experimenta su negatividad, la psicología no puede ser sino el revés negativo y mitológico de una práctica real, por un lado, y, por el otro, la imagen invertida donde se revela y se oculta al mismo tiempo un saber efectivo. Se llega así a la idea de que la investigación psicológica constituye toda la esencia de la psicología, en la medida en que asume y realiza todas sus pretensiones positivas; pero que ella no puede efectuarse como investigación sino al invertir un saber, o la posibilidad de un saber, que ella pretende desmixtificar mientras que sólo olvida su exigencia absoluta; y que ella no puede desarrollarse como investigación científica sino volviéndose la mitología de una práctica que no se ejerce. Como esencia realizada de la psicología, la investigación es a la vez su única forma de existencia y el movimiento mismo de su supresión.



La investigación es para la psicología igualmente su razón de ser como su razón de no ser. En un triple sentido, constituye su momento “crítico”: deja ver a la luz del día su a priori conceptual e histórico, delimita las condiciones en las cuales la psicología puede encontrar o superar sus formas de estabilidad, emite, en fin, un juicio y decisión respecto a sus posibilidades de existencia. Las dificultades contemporáneas de la investigación psicológica no se inscriben en una crisis de juventud; describen y denuncian una crisis de existencia.

Desde la época en que la psicología fue una ciencia “joven”, habría habido tiempo para que se ajuicie. No hay que pedirle a la cronología las razones de un infantilismo inmortal de una psicología que prácticamente no es menos vieja que la química, o la embriología. La historia de las ciencias le prohíbe disculpar su edad mental con respecto de su edad real. Acepto de buen grado que la indulgencia senil de los psicólogos en edad infantil se divierta y tolere que la juventud se disipe un tanto. Pero he aquí que el tiempo de la juventud se ha pasado sin que jamás haya habido juventud. El infortunio de la psicología no consiste en esta juventud, sino en el hecho de que jamás haya encontrado ni el estilo ni el rostro de su juventud. Sus preocupaciones son seculares, pero su consciencia es cada día más infantil; no es joven sino de una juventud sin mañana. Es por esto por lo que la aparición de la investigación en el dominio de la psicología no sólo representa una crisis de madurez.

En efecto, un acontecimiento se ha producido en todos los dominios

del conocimiento que ha arrastrado la ciencia contemporánea hacia nuevos horizontes: el conocimiento ha cesado de desplegarse en el mero elemento del saber para volverse investigación; en otros términos, se ha arrancado de la esfera del pensamiento donde hallaba su patria ideal para tomar consciencia de sí misma como un avanzar dentro de un mundo real e histórico en el que totalizan técnicas, métodos, operaciones y máquinas. La ciencia ya no es un camino de acceso al enigma del mundo, sino el devenir de un mundo que forma un solo y mismo cuerpo con la técnica realizada. Al dejar de ser solamente saber para volverse investigación, la ciencia desaparece como memoria para convertirse en historia; ya no es un pensamiento, sino una práctica, ya no un ciclo cerrado de conocimientos, sino, para el conocimiento, un camino que se inaugura allí donde se detiene.

Este tránsito de la enciclopedia a la investigación constituye, sin duda, uno de los acontecimientos culturales más importantes de nuestra historia. No nos incumbe examinar el lugar y el papel de una psicología en un saber cuya pretensión era, de todo derecho, y desde su origen, enciclopédica. El único problema que nos concierne es el de saber lo que puede significar ahora la psicología como investigación, puesto que la psicología por entera se ha vuelto investigación.

Hemos visto cómo ciencia y práctica psicológicas, en nuestros días, se resumían y se agotaban en el mero dominio de la investigación, y podemos comprender cómo una psicología que puede definirse de entrada como “experimental” o “reflexiva” no es verdadera sino cuando es científica, positiva y objetiva; la investigación no es la condición de desarrollo de la ciencia y de la práctica psicológicas; forma, en calidad de investigación empírica, separada de todo horizonte teórico, depurada de toda especulación, enunciada al ras de sus resultados experimentales el a priori de su existencia y el elemento universal de su desarrollo. Al volverse “investigación”, la psicología no prosigue, como las demás ciencias, el camino de su verdad, sino que se da, de entrada, las condiciones de existencia de su verdad. La verdad de la psicología como ciencia no conduce a la investigación, sino que la investigación por sí misma abre mágicamente el cielo de esta verdad. La psicología no debe ser interrogada, por tanto, respecto al nivel de su racionalidad científica, ni al nivel de sus resultados prácticos, sino al nivel de la elección que hace al constituirse como investigación.

La investigación se ha convertido en la razón de ser científica y práctica de la psicología, la razón de ser social e histórica del psicólogo. Desde que te vuelves psicólogo, investigas. ¿Qué? Lo que los demás investigadores te dejan investigar, pues no investigas para hallar, sino para investigar, para haber investigado, para ser investigador. Haz investigación pues, investigación en general, investigación sobre lo que se te ocurra, sobre las neurosis de la rata, sobre la frecuencia estadística de las vocales en la versión inglesa de la Biblia, sobre las prácticas sexuales de la mujer provinciana, en la *lower middle class* exclusi-

vamente, sobre la resistencia cutánea, la presión sanguínea y el ritmo respiratorios durante la audición de la *Sinfonía de los Salmos*. Investigaciones de los caminos transitados o de las calles laterales, investigaciones de lo honorable o de lo deshonorables.¹¹

Y como la racionalidad, el carácter científico, en fin, la objetividad de la investigación no pueden fundarse sino en la elección de la investigación, las garantías efectivas de su validez no pueden ser exigidas sino a métodos y a conceptos no psicológicos. Se verán investigaciones enteras construidas sobre conceptos médicos dudosos, pero que, para el psicólogo, son objetivos en la misma medida en que son médicos. Se pasarán años de trabajo aplicando métodos factoriales a un material experimental al cual una purificación matemática jamás podrá conferir una validez que no posea desde el principio. Incluso después del análisis factorial, un dato de introspección sigue siendo introspectivo. No se ve muy bien qué forma de objetividad es adquirida cuando se somete al tratamiento factorial un cuestionario aplicado a niños de edad escolar a quienes se les interroga respecto a sus propias mentiras y a las de sus pequeños camaradas. En este caso, nos tranquilizan los resultados: se aprende que los niños mienten sobre todo para evitar los castigos, luego por jactancia, etc. Se está seguro, por este mismo hecho, de que el método era efectivamente objetivo. ¿Pero entonces? Existen maníacos de la indiscreción que, para mirar a través de una puerta de vidrio, se agazapan para mirar por el hueco de la cerradura...

Por lo demás se puede refinar aún más las cosas: harían falta páginas y páginas para enumerar los trabajos que demuestran estadísticamente la no validez de un concepto médico, o clínicamente la ineficacia de los métodos psicométricos. Se llega con ello al colmo de la investigación psicológica: una investigación que demuestra a sí misma su propio carácter científico mediante el juego de métodos y de conceptos que toma prestado de otros dominios científicos y cuya objetividad interna destruye de esta manera. No hay, pues, objetividad autóctona en la investigación psicológica, sino sólo modelos transpuestos de objetividades vecinas y que delimitan desde afuera el espacio de juego de los mitos de una psicología carente de objetividad y cuyo único trabajo efectivo es la destrucción secreta y silenciosa de estas objetividades.

El trabajo real de la investigación psicológica no es, pues, ni la emergencia de una objetividad, ni el fundamento, ni el progreso de una técnica, ni la constitución de una ciencia, ni la revelación de una forma de verdad. Al contrario, su movimiento es el de una verdad que se deshace, de un objeto que se destruye, de una ciencia que no pretende sino desmixtificarse: como si el destino de una psicología que ha elegido ser positiva y ha buscado la positividad del hombre al nivel de sus experiencias negativas consistiera paradójicamente

11 En la medida en que este artículo no tiene intención polémica, no reproducimos el título exacto de las investigaciones en curso. Pero, ya que su propósito es crítico, las modificaciones aportadas a la realidad son de pura cortesía y no alteran lo esencial.

en no hacer sino una tarea científica totalmente negativa. Que la investigación psicológica no pueda sostener con la posibilidad de un saber y la realidad de una investigación más que relaciones negativas, es el precio que paga por la elección de la positividad que hizo desde el principio y a la cual se compele a todo psicólogo desde su ingreso al templo.

Si la investigación, con todos los caracteres que hemos descrito, se ha convertido en nuestros días en la esencia y la realidad de toda psicología, este no es el signo de que la psicología finalmente ha alcanzado su edad científica y positiva, es el signo, por lo contrario, de que ha olvidado la negatividad del hombre, que es su patria de origen, el signo que ha olvidado su vocación eternamente infernal. Si la psicología quisiera volver a encontrar su sentido, a la vez como saber, como investigación y como práctica, debería desgajarse de ese mito de la positividad del que hoy en día vive y muere, para volver a hallar su espacio propio dentro de las dimensiones de negatividad del hombre.

Este sentido originario, es de nuevo una de las paradojas y una de las riquezas que Freud percibió mejor que ningún otro, a tiempo que contribuyó más que ninguno a taparlo y a ocultarlo. Superos si flectere nequeo, Acheronta movebo...

La psicología sólo se salvará con un retorno a los Infernos.